

Tiempo de la información, tiempo de cambio, tiempo de crecer, tiempo de escuela, tiempo de ir más allá de la escuela.

Espacios especiales y diferenciados, espacios para crecer, los espacios de la escuela y de más allá de la escuela.

Espacios y tiempos para experimentar, descubrir objetos y lugares, construir nuevos significados, nuevos espacios y tiempos de vida en los que se formulan nuevos interrogantes y se hallan nuevas respuestas.

La educación formal y la educación informal se complementan, pues ambas han avanzado en los procesos de sus propias transformaciones y han encontrado renovadas modalidades de interacción, que les permiten avanzar hacia la edificación de un fecundo diálogo destinado a enriquecer las experiencias de niños y adultos.

Mikel Asensio y Elena Pol examinan los nuevos escenarios en los que se desarrolla la acción educativa. Junto al aprendizaje formal, realizado en la escuela, plantean la necesidad de estudiar en profundidad otros ámbitos que son especialmente significativos en la educación: el medio natural, el patrimonio cultural (constituido por archivos, bibliotecas, museos y bienes muebles e inmuebles del pasado), la sociedad y su funcionamiento (en particular, la ciudad) y el universo virtual (que engloba los medios audiovisuales).

Sobre la base de un trabajo teórico serio y riguroso, de una fertilísima tarea de investigación especializada y de la reflexión acerca de la actividad desarrollada en una prolongada práctica profesional, los autores ofrecen este volumen de valor fundamental, tanto para los que se dedican a la labor museística y patrimonial urbana en sus variadas facetas, como para los que en el campo de la educación formal se interesan por acercarse a los museos y al conocimiento del patrimonio cultural y urbano, con el propósito de ampliar el horizonte de sus alumnos en uno de los escenarios que son hoy imprescindibles por el riquísimo potencial pedagógico que se les reconoce y que sus responsables están aprendiendo a desarrollar.

Uno de los núcleos principales de la teoría didáctica de nuestro tiempo está relacionado con la construcción de situaciones de aprendizaje efectivas y motivadoras, se encuentren dentro o fuera del ambiente escolar. Los museos plantean una problemática propia cuyo interés educativo es incuestionable; pero de ardua resolución por la complejidad teórica y práctica de los problemas que les son propios y de la multifacética dinámica de su funcionamiento.

Los museos, colecciones de objetos y documentos son lugares privilegiados donde se hace real el sueño de la búsqueda de tesoros. Tesoros de sentido que se caracterizan porque su propiedad es reclamada por la humanidad en su conjunto y proponen la recreación de mundos culturales cercanos y lejanos.

Visitar un museo es una fiesta que simboliza lo no cotidiano. Como se trata de un edificio que delimita un ambiente con destino particular, al que se acude para ver, escuchar, sentir, explorar, indagar, razonar y comprobar, el museo induce a tomar distancia del quehacer diario. Y es así porque, en las últimas décadas, los museos, que ofrecían al visitante sólo un recorrido personal a lo largo de sus extraordinarias colecciones, pasaron a constituirse intencionalmente en centros de animación cultural que ofrecen al participante programas de actividades capaces de estimular el pensamiento y la imaginación en la búsqueda de los tesoros que contienen para ser redescubiertos y amados.

El museo tiene sus particulares rituales, pisos, muros y techos que albergan cultura, arte, ciencia o tecnología, aquello que atrae la curiosidad y es libre de contemplar e interpretar. Los aprendizajes que invita a realizar son múltiples porque nunca permiten una única lectura; los itinerarios varían, las secuencias se diseñan como recorridos con trayectos intelectuales y estéticos que se dirigen a la persona en su integralidad. En este sentido, son ambientes estratégicos para la formación de los alumnos y también de los docentes y más aun cuando se acoplan multimedios para completar la información ofrecida¹.

Al referirse al "museo imaginario", decía André Malraux que el museo fue una creación nacida de la descontextualización de los objetos que antes cumplían una función en el lugar donde originalmente estaban ubicados. Al reunirse con otras obras, igualmente descontextualizadas, se generó una confrontación de metamorfosis que les mudó el sentido, en razón de que en el museo las obras pierden su función, su contexto y su escala².

Si se tratara, eventualmente, de reconstruir sus sentidos originarios, la tarea sería quizás imposible. Aunque nuestra conciencia histórica procure aproximarse a ese sentido primigenio estará esencialmente condenada a ser diversa. Como lo afirma Malraux, desde nuestra propia perspectiva cultural, en realidad, "no tenemos prisa por reconstruir los brazos de la Venus de Milo"³. Queremos conocer aquellos sentimientos, comprender el arte y a los artistas, las invenciones científicas, la vida social y natural de otras épocas, pero sin olvidar nuestros sentimientos, conocimientos y propósitos coetáneos.

Un museo tiene autores y tiene público. Los autores son los que configuran el espacio, eligen muestras temporarias y permanentes y dise-

ñan *exhibits*, seleccionan e incorporan información, estructuran actividades y las ofrecen al público; pero el público es también autor del museo pues es el responsable de interpretar el patrimonio museístico en su conjunto así como también cada *exhibit* u objeto en particular, como representantes del patrimonio cultural.

Los museos exhiben un determinado conjunto de la obra humana, obra que se ve y siente, obra que se percibe y piensa, obra del saber hacer y saber evaluar. Hacen una muestra de la memoria y por ello, no sólo del pasado sino también del presente y del futuro del hombre.

La memoria es el principio configurador de la identidad personal e histórica de la sociedad y la cultura. La memoria trabaja con testimonios. Como afirma Jacques Le Goff: "la memoria colectiva y su forma científica, la historia, se aplican a dos tipos de materiales: los documentos y los monumentos (...) Tales materiales de la memoria pueden presentarse bajo dos formas principales: los monumentos, herederos del pasado, y los documentos, elección del historiador"⁴. Y añade que la palabra latina *monumentum* está vinculada con la raíz indoeuropea *men* que expresa una de las funciones fundamentales de la mente (*mens*), la memoria. El término latino *documentum*, derivado de *docere* (enseñar), ha evolucionado hacia el significado de "prueba". El documento parece presentarse hoy con el valor de prueba histórica⁵. Pero la memoria se asocia con la comprensión y esta conjunción es la matriz del horizonte de sentido en el que pensamos nuestra vida personal, social y cultural.

La interpretación de obras, documentos y monumentos nunca es sencilla. Es éste el gran desafío para el museólogo. "Todo acto de lectura —escribe Umberto Eco— es una difícil transacción entre la competencia del lector (su conocimiento del mundo) y la clase de competencia que determinado texto postula con el fin de ser leído"⁶, pues aunque "un texto creativo es siempre una obra abierta", un texto puede tener varios sentidos pero "nunca todos los sentidos"⁷.

¿Cómo acompañar, entonces, al visitante del museo y de la ciudad para orientarlo hacia la totalización del sentido de lo que percibe sin violentar su espíritu? ¿Hay un visitante-lector modelo para un museo? En tanto el enseñante en el aprendizaje formal puede ilusionarse, en general de manera inconveniente, con la existencia de un alumno "modelo", estereotipo extravagantemente aplicado a la presentación vital de los alumnos en la escuela; el aprendizaje informal se dirige a un público que es por naturaleza heterogéneo, que aprenderá en el museo o en la ciudad-museo o en la casa-museo porque aprendió o aprende en la escuela, y que aprende en la escuela porque aprende o aprendió en el museo, en la ciudad-museo o en la casa-museo. Nadie puede esperar que responda a un formato. Es evi-

dente que el formato pedagógico y cultural, en el democrático museo moderno, debe adecuarse al visitante.

En este libro, Mikel Asensio y Elena Pol nos acercan al mundo real del aprendizaje informal, al mundo de los museos y del patrimonio cultural y de sus públicos, con un enfoque didáctico desafiante, no conformista, que nos obliga, afortunadamente, a pensar y a acompañarlos en una búsqueda pedagógica que atraviesa varios dominios teóricos, al tiempo que recoge saberes de la experiencia, poniéndolos al servicio de la solución de los problemas teóricos y prácticos de los que asumen con convicción la ímproba tarea cotidiana de diseñar, implantar y sostener los museos, procurando acrecentar su valor pedagógico.

ALICIA R. W. DE CAMILLONI

Profesora Titular del Departamento
de Ciencias de la Educación,
Facultad de Filosofía y Letras (UBA)

Notas

1. G. Delacote (1997): "The Role of Outside Support. Media, Video and Museums" en Kjell Härqvist and Arnold Burgen: *Growing up with Science*. Londres, Jessica Kingsley, (p. 185).

2. André Malraux (1956): *Las Voces del Silencio*. Buenos Aires, Emecé, (p. 19).

3. Ibidem, (p. 50).

4. Jacques Le Goff (1991): *El orden de la memoria*. Barcelona, Paidós, (p. 237).

5. Ibidem, (p. 238).

6. Umberto Eco (1997): *Interpretación y sobreinterpretación*. Madrid, Cambridge University Press (2da. ed.), (p. 81).

7. Ibidem, (p. 160-1).